

## CUARTA LLAMADA PARTICULAR \*

*Daniel COSIO VILLEGAS*

DEBO RECORDAR al lector —pues hay momentos en la vida de los lectores que imponen una recapitulación— que esta *Historia Moderna de México* se planeó partiendo de dos supuestos: primero, el período moderno de nuestra historia va de 1867 a 1910; segundo, ese trecho de cuarenta y tres años puede dividirse convenientemente en dos épocas, una de diez (1867-1876), llamada República Restaurada, y otra de treinta y tres años (1877-1910), a la cual se da el nombre de Porfiriato. El primer supuesto será válido si la vida nacional “moderna” tiene rasgos propios suficientes para distinguirse tanto de la anterior a 1867 como de la posterior a 1910; y el segundo, si la República Restaurada posee los bastantes caracteres distintivos para diferenciarse del Porfiriato, y si al mismo tiempo los tiene comunes para formar con él la historia moderna de México.

Debo recordar también que esta *Historia* se planeó en seis volúmenes: los tres iniciales dedicados a la República Restaurada, y los restantes al Porfiriato, y que cada uno de ellos examina la vida política, la vida económica y la vida social del período respectivo. Se han publicado ya aquéllos, y éste, en consecuencia, es el primero relativo al Porfiriato. Por eso, parte de su interés proviene de comenzarse con él la caracterización de una época tan próxima a la nuestra y durante la cual surgió un régimen político cuya continuidad y cuya fuerza excepcionales crearon una sociedad y una economía muy características. Pero el interés sobresaliente de este tomo lo da también la circunstancia de que, añadido al tercero, debe entregar una visión corrida de nuestra vida social moderna. Ofrece, además, una ocasión de comprobar si la República

\* Prólogo al tomo IV de la *Historia Moderna de México*.

Restaurada y el Porfiriato son dos momentos distintos de una sola época histórica, y si convienen los años de 1867 y 1910 como inicial y terminal de la historia moderna del país.

QUIZÁS EL MÁS IMPORTANTE de los rasgos comunes a República Restaurada y Porfiriato —y, por lo tanto, de nuestra historia moderna— sea el de una sociedad que, tras desgarrar la maraña tradicional, se siente nueva y capaz de elegir libremente el modelo de la Europa occidental como más moderno y ventajoso. Consciente, sin embargo, de la distancia que la separa de esa meta, pretende alcanzarla a paso redoblado, y avanza, por supuesto, pero no sin que su conformación final denuncie las capas superpuestas de la sorpresa, el aturdimiento y la frustración.

Se trataba, en efecto, de una sociedad nueva. No, como es obvio, porque sus componentes carecieran de antecedentes en México y mucho menos en el mundo; pero sí porque, concluido el período propiamente formativo del país, se creyó que al fin la suerte daba a México la ocasión feliz para el desenvolvimiento de esos componentes. Se tiene la impresión de que cobra nuevo vigor el deseo de que México se convierta en un país próspero, unido y fuerte, y es indudable que fue común la creencia de que el triunfo del liberalismo, filosofía virgen, dinámica y progresista, imponía la necesidad de intentar de una vez por todas esa empresa, a la cual, por otra parte, se tuvo como hacedera pronta y fácilmente, pese a su magnitud y a la pesadilla inolvidable de tanto fracaso anterior.

La necesidad y la viabilidad de un México rico son proclamadas por todos hasta convertirse en una filosofía nacional pródiga en consecuencias, felices algunas y otras muy desafortunadas. Una es la de sobreestimar la riqueza natural del país y subestimar el número y la calidad de sus habitantes. Otra engendra el gozo confiado al ver una burguesía que apenas nacida levanta el vuelo para apoderarse de todos los resortes vitales de la nación sin compromiso alguno de beneficiarla. Una tercera da lugar al optimismo iluso de la inmigración extranjera y al despilfarro monstruoso de las tierras baldías para acelerar el poblamiento del país y salir de una agricultura

mezquina y rutinaria. La cuarta es el llamamiento al capital extranjero hecho sin dudas ni reservas, o los incentivos extremos del Estado para ligar pronto al país con ferrocarriles, caminos, telégrafos, teléfonos y modernos vapores. El fin, otra más es la que condena al indio como hombre anticuado, impermeable al aguijón del lucro, y porque el pobrecillo sigue viviendo en su viejo mundo metafísico y no en el nuevo, el positivo, como lo revela el terco empeño suyo de confiar la solución de sus problemas a la magia, nunca a la ciencia ni a la técnica.

Nuestra sociedad moderna vivió de la filosofía liberal europea y norteamericana, si bien con desviaciones ya notables al iniciarse la República Restaurada, y que al avanzar el Porfiriato llegaron hasta convertir la autóctona en una caricatura de la filosofía original. Parece claro, por ejemplo, que el individualismo se acentuó notablemente entre los miembros de la clase media de toda la nación, y aun entre los de la baja que habitaban en los grandes centros urbanos. Esto se debió en alguna medida a los avances nada despreciables de la instrucción en todos sus órdenes, a la difusión de la prensa y al mejoramiento general de los medios de comunicación. El resultado fue que de la masa informe y estática del grupo o clase, comenzó a destacarse un individuo con reacciones propias, que lo hacían obrar más y más como persona aislada, peculiar, y no ya como simple parte de un todo mayor. Es bien claro, digamos, que si no hubo un progreso notable en el concepto jurídico de ellos, los derechos civiles se practicaron cada vez más merced a circunstancias favorables.

La movilidad de la población creció, de modo que la colonización interior del Norte con emigrantes de los Estados de la Altiplanicie cobró un impulso tan decidido que parece un fenómeno visto por la primera vez. A esa movilidad demográfica correspondió el de una mano de obra también más móvil, fenómeno de individualización todavía más significativo. Las tareas elementales de abrir brechas, nivelar el terreno, tender y afianzar la vía de los ferrocarriles, se emprendieron con trabajadores que solían proceder de regiones muy alejadas del lugar donde las obras se hacían. Y la desintegración pro-

gresiva de la artesanía ante los empujes de la industria moderna fueron una nueva ocasión para que el hombre, en efecto, sintiera más el peso de su circunstancia personal, que lo obligaba a reaccionar y decidir por sí mismo, sin la protección o la guía de una clase o grupo, viéndose obligado así a ejercer su "derecho" de elegir una profesión o medio de vivir. Y si en el peón, el artesano y el obrero hubo una individualización progresiva, la hubo aún mayor en quienes resolvieron lanzarse a las nuevas empresas económicas que el auge general del país iba creando: hasta entonces la regla general había sido que un joven bien dotado sólo optara entre la burocracia y la profesión liberal, mientras que ahora podía intentar con mayores y mejores oportunidades ser empresario agrícola, industrial, comercial, minero o de transportes.

En muchos otros aspectos de la vida social se advierte el acento individualista, como en la concepción de la beneficencia o de las instituciones encargadas de ejercerla. Se condena, por ejemplo, la caridad como antiliberal, pues le impide al hombre sentirse responsable de su propia suerte y resolver sus problemas con los recursos personales suyos. El alcoholismo no se ve como un mal social, hijo de condiciones ambientales —pobreza o ignorancia— cuya modificación rebasa la capacidad y los recursos del individuo y que por eso debe ser atacado por la sociedad misma. Al contrario, se le juzga como un vicio personal, cuya solución toca al individuo que ha caído en él, pues de la voluntad propia depende su liberación. Un concepto semejante se tiene de la prostitución, atribuida, sobre todo, a apetitos carnales que se sobreponen a la noción moral del bien porque la ramera tiene una conciencia depravada. Más aún: se sabía que México era un país de mortalidad muy alta, sobre todo infantil, pues más de la mitad de los nacidos moría antes del primer año de edad. Pues bien, la opinión dominante fue, no que esta deplorable situación se debiera a causas generales recónditas, como la naturaleza o la sociedad, sino al individuo, sucio, imprevisor, vicioso.

Los PROGRESOS indudables del individualismo —benéficos unos y dañinos otros— partieron también de esta otra idea

esencial del liberalismo: el Estado no ha de tomar la iniciativa en la solución de los problemas colectivos, ni convertirse en agente activo y menos todavía en el único agente de esa solución. Debe limitarse a crear condiciones propicias a una acción privada fecunda, a la que se confía el progreso general del país. El primer código de salubridad, por ejemplo, es bien tardío, de 1891, y su aplicación se limita al Distrito Federal y a los Territorios de Baja California y Tepic. El Consejo Superior de Salubridad sólo tenía funciones consultivas, y aun en los casos trágicos de epidemias que nacidas en un Estado avanzaban sobre otros amenazando convertirse en nacionales, el gobierno federal vacilaba en ofrecer sus auxilios, y más todavía en crear una dictadura sanitaria, porque en seguida se escuchaba la protesta —que ahora se consideraría pueril— de la soberanía local, violada, digamos, por un cordón sanitario.

Por eso la naturaleza y la magnitud del problema educativo apenas se percibieron parcialmente, y fueron muy indirectos, aun cuando no del todo infructuosos, los medios usados para atacarlo. El hecho de que en el Distrito Federal, donde era mínimo, el analfabetismo llegara al 62 por ciento de la población, que ascendiera a 84 el promedio nacional y que existieran zonas como el Estado de Guerrero, donde la ilustración era tan universal que sólo seis de cada cien personas sabían leer y escribir, podría haber quitado el sueño y la vanidad a cualquier régimen político. Pero no ocurrió así, en parte porque no se creía que cambiar esta situación fuese una tarea apremiante y exclusiva del Estado, y en parte —reacción también muy liberal-individualista— porque se creía que la *élite* intelectual creada en la Escuela Nacional Preparatoria y los institutos provincianos acabaría por contagiar de erudición y sabiduría a todos. En cuanto a los guerrerenses, al parecer se limitaron a reverenciar a esas seis personas que sabían leer y escribir con la misma admiración que guardaban para las apariciones milagrosas.

La conciencia de un problema educativo nacional no fue, pues, tan despierta ni tan exaltada como lo exigían su urgencia y sus proporciones abrumadoras; y la que hubo, buscó el

medio indirecto de convocar a congresos pedagógicos de los que se esperaba una opinión común para conocerlo y resolverlo. Falto el gobierno federal de un mandato constitucional que le permitiera extender su acción a los Estados, y estando la instrucción elemental en manos del ayuntamiento —el organismo oficial más desamparado—, no se halló mejor camino que esos congresos para estimular la acción educativa y conformarla a las prácticas mejores. Los congresos sirvieron, sin duda, a un propósito útil, pues aun cuando abundaron en ellos una chabacanería y una improvisación irritantes, fueron un foro en que se ventilaron las necesidades, los medios y las aspiraciones educativas.

El mismo significado de nulidad de la acción del Estado y de insensibilidad para ciertas realidades sociales tiene el afán de hacer venir inmigrantes europeos que sacarían al indio de su agricultura envejecida y rutinaria, enseñándole el cultivo de la vid y las hortalizas, la cría de abejas y del gusano de seda. Enrique C. Creel aseguraba que cien mil inmigrantes europeos valían más que medio millón de “indios del interior”; pero a nadie se le ocurrió pensar que si el problema consistía en enseñar al indio esas maravillas, bien podía hacerlo el Estado más directamente y con menos dispendio y desajustes sociales y económicos. Tampoco surgió la pregunta de qué ocurriría con el indio si el país iba a ser invadido por el torrente de inmigrantes.

Esto de querer escapar a la realidad del indio puede explicar la puerilidad de muchas de las opiniones de la época sobre el tipo de inmigrantes que el país necesitaba. Durante el período más agudo de la controversia, no parecía haber una sola persona informada cuyas opiniones se fundaran en una observación próxima y en su propio medio del inmigrante, o en haberlo visto aclimatarse y desenvolverse en el medio extraño de Estados Unidos o de Argentina, los dos países que se tenían en esto como modelos. La puerilidad llegaba hasta el extremo de sostener que no era autóctona la mugre del indio, sino que tenía un origen morisco, pues el indio —se decía— era desaseado por pobreza, no por tradición. Así se evadía de nuevo la molesta realidad de que si el indio había sido tradicional-

mente pobre, su mugre también había acabado por tener la pátina de la tradición.

En el volumen tercero se dijo lo mucho que de las estadísticas esperaban los hombres de aquella época: se creía que sin ellas la nave del Estado, falta de brújula, caminaría a la deriva. Esta fe desorbitada es común a la República Restaurada y al Porfiriato; pero mientras aquélla logró escasos progresos, éste llegó a las mejores estadísticas logradas hasta entonces. Cinco años después de la victoria de Tecoac se crea la Dirección de Estadística con el encargo de elaborar los censos generales y parciales del país. Sin embargo, la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, una corporación privada que hasta entonces había sustituido al Estado en esta función inevitablemente pública, no deja de intervenir en los censos hasta 1890. Y todavía es más significativo que en el de 1910 subsista la arraigadísima creencia de que un hombre, con aislarse en su casa para hacer unas cuantas operaciones aritméticas, podía llegar a cifras tan buenas o mejores que las de un organismo oficial dedicado precisa y exclusivamente a la tarea. Así, *El Imparcial*, en vísperas de ese censo, ofreció premiar con una buena suma al lector suyo que propusiera el mejor "cálculo" de los habitantes de la ciudad de México; y la ofrecía, no con el sentido de un pago a quien adivinara el número que saliera premiado en un sorteo de la lotería, sino con el convencimiento de que un individuo sagaz podía hacer una obra tan acertada como el Estado. Uno puede pensar hoy que nuestros censos de población, agropecuario, industrial o de edificios, son muy imperfectos y aun detestables; pero resulta inconcebible que un individuo pueda ofrecer resultados mejores.

OTRO RASGO fundamental de la filosofía liberal influyó en nuestra vida social moderna, si bien circunstancias peculiares lo acentuaron. El liberalismo europeo y norteamericano creía ser la filosofía del mundo civilizado: nada ni nadie podría ponerla en duda y menos negar sus fundamentos, y justamente porque sus progresos habían sido muy pausados y penosos, su victoria daría frutos indefinidamente, pues la vida del árbol es tanto más prolongada cuanto su desarrollo es más lento y difi-

cil. Harold Laski ha hecho esa observación, y ha agregado que el liberalismo jamás sospechó que los obreros, aliados importantes de la burguesía en la batalla contra el poder absoluto de la monarquía, pudieran rebelarse contra ella alguna vez.

En México ocurrió esto y de un modo muy acusado, pues era inevitable una visión complaciente y optimista cuando el país gozaba por primera vez de un período prolongado de paz y cuando se tocaban ya con las manos los frutos primeros de un progreso económico que se consideraba colosal. A esto debe agregarse que mucha de esa visión la propalaban, como era natural, los dirigentes del Porfiriato. Sólo un caso de inconcebible esquizofrenia o de personalidad dividida hubiera podido evitar que un individuo como Olegario Molina tuviera una visión pesimista o insegura del país, y no la que realmente tuvo, la de que México y los mexicanos vivían en el mejor de los mundos posibles. Ministro de Fomento —es decir, jefe del ministerio que debía enriquecer al país— y gobernador de Yucatán al mismo tiempo, usaba de ambas posiciones para amasar una fortuna fabulosa despojando de sus tierras a los campesinos yucatecos y beneficiándose de que el enorme progreso de la agricultura del Lejano Oeste norteamericano garantizaba un mercado estable y lucrativo del henequén.

El Porfiriato no debió haber conocido un desconcierto mayor que la admisión forzosa de que “la cuestión social” había brotado y se extendía hasta el grado de que el año de 1907 presencié veinticinco huelgas importantes. La paz en el sentido de orden público era para entonces general, pero no ya en el del ánimo, pues las comunicaciones y las inversiones extranjeras habían creado un capitalismo incipiente, pero capitalismo al fin, y con él todos los elementos de inestabilidad de la sociedad moderna. Los bajos salarios, las jornadas interminables, el trabajo dominical y nocturno, la insalubridad e inseguridad de los talleres y ciertos abusos flagrantes como las deducciones a la raya hechas a guisa de multas, fueron asociando a los obreros hasta hacerlos sentirse fuertes para desafiar al patrón, al gobierno y al país. Los dirigentes oficiales no estaban preparados para pensar seriamente en estos problemas y menos para resolverlos. Por eso, no debió desentonar mucho



de la opinión coetánea la personal de Telésforo García, hombre que había sido inteligente alguna vez y aun buen escritor. Justificaba el trabajo nocturno porque el encierro en la fábrica alejaba al obrero de los centros de vicio, y porque, en todo caso, la fábrica era mejor sitio para pasar la noche que la pocilga del obrero.

El Porfiriato debió sentir aturdimiento por la extensión que alcanzaba "la cuestión social" y por la frecuencia con que aparecían y reaparecían sus síntomas. En Río Blanco, por ejemplo, el primer conflicto obrero-patronal ocurre en 1896, el segundo en 1898, el tercero en 1903, y en 1906-07 la huelga famosa y sangrienta. La causa del primer conflicto fue la orden de aumentar la jornada semanal de trabajo en ocho horas sin compensación para los trabajadores; la del segundo, un sistema de deducción a los salarios como pena al trabajo defectuoso; la del tercero, un capataz a quien se calificaba de arbitrario y soez; pero la causa del conflicto de 1906 es ya la oposición franca entre los obreros asociados en el Gran Círculo de Obreros Libres y los empresarios organizados en el Centro Industrial de Puebla.

La razón de los primeros conflictos fue, pues, de un carácter circunstancial y fácilmente remediable; la del último, en cambio, tomó ya la forma de una organización permanente destinada a defender intereses permanentes. Las consecuencias del último conflicto fueron, en efecto, duraderas, como lo indica el laudo que intentó ponerle término.

Ya fue significativo el hecho de que la gravedad de la huelga condujera a recurrir a una autoridad superior para que fungiera de árbitro, y que se pensara en el obispo de Puebla y en el propio presidente Díaz. El laudo de éste significó el primer gran descalabro de la noción complaciente de ser el mexicano un mundo beatífico y de la idea de que el Estado no debía intervenir en nada que pudiera hacer el individuo; negaba el principio liberal de que las leyes a que están sujetos los fenómenos económicos resuelven por sí solas, de modo natural, los desajustes económicos. El laudo proponía obligar al patrón a contestar dentro de un plazo de quince días cualquier demanda escrita de los trabajadores; proponía un salario igual

para trabajo igual en todas las fábricas de textiles del país; prohibía los descuentos destinados a pagar la asistencia médica, para hacer de ésta y de la educación de los hijos de los trabajadores obligaciones gratuitas del patrón. Proponía también desterrar el trabajo de los menores de siete años, y limitar el de los mayores de esta edad, pero todavía no adultos, a media jornada diurna.

El capitalismo extranjero que hizo inversiones en México confiaba la administración y el manejo técnico de sus negocios a extranjeros: desde el coronel Green, gerente de la Cananea Consolidated Copper Company, hasta el despachador y el maquinista de los ferrocarriles y los químicos o mecánicos de las fábricas de textiles. Día llegó en que el obrero o el técnico mexicano se creyeron preparados para sustituirlos, y por eso en los conflictos obrero-patronales serios se mezcla la reivindicación nacionalista a la de clase. El de Río Blanco se aviva en sus fases iniciales con gritos de "¡Viva México!"; los huelguistas de Cananea desfilan llevando al frente la enseña tricolor, y su principal agravio es la disparidad de sueldos y salarios entre mexicanos y norteamericanos; por su parte, los ferrocarrileros no piden otra cosa que sustituir a los norteamericanos en ocupaciones que consideran suyas. Así, el capitalismo extranjero, que ayudó a consolidar la paz militar del Porfiriato, fue causa de que se perturbara la paz social al crear un obrero con conciencia de clase y sentimientos nacionalistas.

EL MARCO en que se desarrolla la vida social de la República Restaurada y del Porfiriato lo dio, pues, el liberalismo que privó sin rival en la Europa occidental y en Estados Unidos hasta bien entrado el siglo xx; pero el liberalismo—aun el más puro es ya una curiosa adaptación del europeo—cambió de la República Restaurada al Porfiriato, y en éste no fue igual al principio que al término del régimen.

Las grandes figuras políticas de la República Restaurada, Juárez, Lerdo, Iglesias o Zamacona, tenían sus ideas perfectamente formadas en 1859, cuando triunfa lo que se ha dado en llamar el liberalismo reformista, pues para entonces el primero tenía 53 años, el segundo 36 y los dos últimos 33.

Igual ocurre con los teóricos de ese liberalismo, digamos con Gabino Barreda o José María Vigil, entonces de 35 y 31 años de edad. El panorama es enteramente distinto en cuanto a los políticos y los teóricos del Porfiriato: Díaz, el más viejo, tenía 29 años entonces, Pablo Macedo apenas 8, Ramón Corral y Limantour 5, y Rosendo Pineda 4. Entre los teóricos del régimen, Justo Sierra y Francisco Bulnes eran entonces de escasos 11 años, Emilio Rabasa de tres y Joaquín Casasús sólo tenía uno.

Todo un mundo los separaba, como hombres pertenecientes a dos generaciones realmente distintas. Así, era natural e inevitable que su liberalismo no fuera el mismo: Justo Sierra, cuando llega a los 30-32 años, es en 1878-80 el primer liberal que censura sin piedad la Constitución de 1857; Francisco Bulnes mide en 1903 el progreso político del México porfiriano con la admisión que hicieron los intelectuales de entonces de que "el jacobinismo es y será un fracaso", pues el país había resuelto despojarse de la "vieja y tonta vanidad" de copiar servilmente la vida democrática de Estados Unidos; y Emilio Rabasa consume en 1912, con su libro *La Constitución y la dictadura*, el descrédito de la constitución liberal y la apología del régimen que la desdeñó.

Al hecho de pertenecer los hombres de la República Restaurada y del Porfiriato a dos generaciones distintas, deben agregarse dos más importantes. Basta con mencionar uno de ellos; pero el otro conviene elaborarlo algo. La fe en el liberalismo puro o primitivo, el político, pero más el económico y más todavía el social, fue debilitándose a medida que llegaba a su término el siglo XIX, para sufrir una crisis extrema con la primera guerra mundial. Los liberales del Porfiriato presenciaron ese desgastamiento, lento pero continuo, mientras que los de la República Restaurada no lo alcanzaron, o porque murieron a tiempo o porque la ola del cambio que partía del Occidente de Europa llegaba a playas mexicanas sin calor, sin fuerza y con un retardo de veinte o veinticinco años.

El otro hecho es que los liberales de la República Restaurada sometieron a duras pruebas su liberalismo político, y

en términos generales lo vieron salir airoso, a pesar de que la falta de un orden público firmemente establecido creó en ellos la sensación de que quedaba aplazada la prueba completa y permanente. Menos ocasión hubo de experimentar el liberalismo económico, pues las revueltas con que tuvieron que luchar les impidió pensar en planes de gran alcance, y su ocupación predominante fue liquidar la anarquía que heredaron y ahogar la nueva que se alzaba contra ellos. Todavía fue menor la ocasión de sujetar a prueba su liberalismo con los problemas sociales, pues éstos son de más fondo, los medios para atacarlos menores y débiles, a más de que el resultado de la acción sólo puede verse tardíamente. La larga paz porfiriana, el renacimiento económico y un asentamiento general de la sociedad, pusieron forzosamente a una prueba plena las ideas liberales, cosa trágica, pues ya para entonces la fe encendida en el liberalismo se había extinguido en México, y en Europa y Estados Unidos se iba enfriando paulatina, pero constantemente.

DESDE UN PUNTO DE VISTA real y desde un punto de vista psicológico, era fatal que la paz porfiriana ejerciera una influencia profunda en la forma de plantear ciertos problemas y en la de enfocar su solución. Mientras el país careció de ella, fue posible sostener ciertas opiniones cuya veracidad dependía justamente de que hubiera paz; cuando ésta vino y subsistió sin alterarse, resultó imposible mantenerlas por más tiempo. Así ocurrió, por ejemplo, con el gran problema del atraso económico de México. El Porfiriato heredó de la República Restaurada la idea de que el territorio nacional encerraba una riqueza natural fabulosa; y heredó también la consecuencia lógica de que el país era pobre porque su población resultaba cuantitativa y cualitativamente inferior a la gran tarea de explotarla. Pero en el Porfiriato llega a hacer crisis esa idea, hasta tocar el extremo casi opuesto de que en los recursos naturales de México había huecos imposibles de llenar, tal la falta de grandes ríos navegables, que a semejanza del Mississippi, lo cruzaran comunicándolo, regándolo y dotándolo de energía.

En el fondo, la crisis de la idea de una riqueza natural de ensueño se debió a la paz y no a un mejor conocimiento de la calidad y cuantía de los recursos naturales del país. A la paz, porque se descubrió que en algunos problemas su influencia era menor o nula de plano; a la paz, también, porque dio ocasión de observar y meditar. Por más que se quisiera, la paz en nada remediaba ni remediaría nunca la desafortunada circunstancia de que la precipitación pluvial es insegura y escasa en toda la altiplanicie central; pero la paz daba el sosiego para medir la verdadera significación de esta desventaja, que pronto se tuvo como insalvable.

La paz, pues, condujo a la necesidad de admitir que ciertos problemas nacionales, sobre todo los mayores y los más viejos, recibían de ella poco o ningún alivio; pero no siempre la paz dio con los remedios más acertados. En el caso del retardo económico de México, trajo la acentuación de considerar a la población indígena como muy inferior a la tarea que de ella se esperaba, y la consecuencia lógica de ver en la inmigración el remedio a tan grave mal. Y esto, a su vez, condujo a la política de baldíos, materia de mucho comentario demagógico, pero que incuestionablemente constituye la mayor aberración del Porfiriato: tras de ser un acto vandálico injustificado ética y jurídicamente, resultó inútil desde el punto de vista económico, pues el país nada ganó con él. Esa política de baldíos no sólo exhibió en sus aspectos más repugnantes a luminarias del régimen como Pablo Macedo y Olegario Molina; exhibió también la incapacidad de sus mejores inteligencias para admitir la simple realidad de que este país era del indio que lo ocupaba desde tiempo inmemorial, y trajo consigo también que una eminencia jurídica como Jacinto Pallares, a quien unos indios consultaban sobre cómo evitar la pérdida de sus tierras al ser denunciadas como baldíos, sólo discurriera la formación de cooperativas que permitieran una administración en común.

Los males sociales del individualismo —que muy a tiempo señaló con pasión Justo Sierra— tuvieron en la República Restaurada una explicación: al individualismo social correspondía un individualismo político, pues el individuo era y

debía ser independiente del Estado, y la ley, la Constitución la primera, estaba allí para garantizar esa independencia. Y el individuo fue y se sintió libre del Estado, reclamó y ejerció sus derechos políticos. El individualismo social porfiriano, el concepto de que el individuo poco o nada debía a la colectividad, resultaba grotesco frente a la sumisión política a una tiranía. La boga del positivismo subrayó esta situación paradójica, pues hizo más desaprensivo al individuo en sus relaciones con la colectividad, y ello sin la compensación de que el país progresara mayormente en la ciencia y en la técnica.

El concepto abstencionista del Estado y el consecuente embarazo de éste para atacar los problemas sociales nacionales, tuvo una gran realidad en la República Restaurada, pues ese concepto había sido incorporado en leyes, y el liberal de entonces sentía la imposibilidad de contrariar o burlar con los hechos la ley, puesto que hizo de ésta un fetiche con su santuario y su culto. Así ocurría, por ejemplo, con el principio federalista, que impedía una acción federal en materia de salubridad o de educación. Durante el Porfiriato el obstáculo de la ley había desaparecido porque nadie creía en ella, todo el mundo la burlaba y hubiera podido ser modificada en cualquier momento. Recuérdese, por ejemplo, este dicho de Emilio Rabasa, verdaderamente significativo:

La dictadura de Díaz se caracterizó, sobre todo, por el respeto a las formas legales, que guardó siempre para mantener vivo en el pueblo el sentimiento de que sus leyes, si no eran cumplidas, eran respetadas, y estaban en pie para recobrar su imperio en época no lejana.

En ese ambiente, con esas creencias cuyo cinismo parece insuperable, es difícil entender cómo en el Porfiriato el gobierno federal no llegó a descubrir la forma de acelerar la educación o la salubridad del país usando el método inocente de los subsidios o de los impuestos especiales cuyo rendimiento se dedicara a ese fin.

EN CUANTO a si hay una diferencia señalada entre la vida social moderna de México y la contemporánea, la que se

inicia con la Revolución mexicana, basta apuntar una, que es fundamental: la sensibilidad para advertir las cuestiones sociales, el reconocimiento de que no hay ni puede haber barrera teórica alguna para resolverlas, y que son ellas los verdaderos problemas de México, cambian tan radicalmente, que diez años después de haberse desplomado el Porfiriato se siente que México vive en un mundo tan nuevo que cuesta trabajo imaginar cómo podía haber existido otro distinto. De hecho, la Revolución mexicana puede reclamar el título de haber sido el primer gran movimiento que pone en duda las bases del liberalismo a la siglo xix.

Los rasgos fundamentales del país apenas cambiaron en el Porfiriato. En ocasiones, sin embargo, sorprende que no se comprueben ciertas transformaciones que se han proclamado como características de ese régimen, y en otras, a la inversa, que se haya puesto poca atención en cambios profundos que se iniciaron entonces y que se han tenido como característicos de nuestros días.

La muy desigual distribución de la población en el territorio nacional subsistía, de modo que algo más de un tercio de ella habitaba en una superficie que apenas llegaba a la décimoquinta parte del total. Se mantenía el hecho en apariencia absurdo de que mientras las costas, con tierras buenas y agua abundante, y la zona norte, con clima vigorizante y recursos minerales y forestales nada despreciables, tenían una población mucho menor de la que podían mantener, el gran altiplano central, con buen clima, pero con tierras pobres y lluvia insuficiente, estuviera sobrepoblado. Los rigores del clima costero, y sobre todo el miedo a su insalubridad, desalentaron la inmigración interna hacia el mar, así como la incomunicación y la falta de capitales la limitaba al Norte. La "marcha hacia el Norte", que se inicia durante la República Restaurada, se acentúa ahora vigorosamente con la construcción de las grandes arterias ferrocarrileras que ligan a México con Estados Unidos, así como con la inversión de capitales en nuevas empresas mineras y en los primeros ensayos de industrialización de aquella zona.

En esa forma ocurre que los Estados del Norte bien pronto tienen entre su población hombres jóvenes de todas las regiones del país, aun de las más alejadas. Igual cosa pasa en el Distrito Federal, que con su atractivo de gran ciudad y centro del poder político recibe durante los quince últimos años del Porfiriato unos ciento cincuenta mil habitantes de toda la nación. Sin embargo, a pesar de todas estas mudanzas, la población mexicana sigue estando mal distribuida y conserva el carácter que le da el ser rurales las tres cuartas partes de ella. Asimismo persevera con fuerza su naturaleza indio-mestiza.

Otro rasgo secular apenas cambió, y eso a pesar de que en este punto ha sido general considerar a los ferrocarriles como un elemento verdaderamente revolucionario. Al igual que la República Restaurada, el Porfiriato creyó que el mayor obstáculo a la difusión de la instrucción era un círculo vicioso de mal entendimiento: mientras el elemento dirigente ignoraba los idiomas indígenas y no podía darse a entender con plenitud, una buena parte de la población ignoraba el español o tenía de él un conocimiento demasiado incierto y rudimentario. A esto, ya de por sí desafortunado, debía agregarse que eran muy numerosos los idiomas indígenas, y que ninguno parecía capaz de sobreponerse a los demás y transformarse en el transmisor de la cultura y la civilización occidentales. Las estadísticas de que se dispone no son bastante claras; pero se sabe que mientras en 1895 el 83 por ciento de la población podía expresarse en español, en 1910 ese tanto por ciento subió a 87. Puede estimarse, pues, que a lo largo de los treinta y cuatro años del Porfiriato la ganancia total fue apenas de un diez por ciento. Se ignora, por supuesto, qué conocimiento del español puede esconderse en esas cifras; pero es de presumirse que se limitara al entendimiento de cuestiones tan concretas como precio, cantidad, o distancia. Y todo ello a pesar de la paz, del progreso espectacular de las vías de comunicación y de avances educativos indudables.

Éstos, juzgados nominalmente, impresionan, pues de 5,960 escuelas primarias en 1874, se pasa a 10,127 en 1907, lo cual significa la creación de unas 126 escuelas cada año; pero ni



este esfuerzo se reflejaba plenamente en la asimilación del indio, pues durante el Porfiriato se hizo más por la instrucción primaria urbana que por la propiamente rural, del mismo modo que se atendió más a la enseñanza superior y media que a la elemental.

EN EL EXAMEN de todas las cuestiones sociales de la época participó con gran desenfado y perseverancia la iglesia católica, a través de sus más altos dignatarios o de los periódicos católicos. La iglesia se sintió con gran libertad para hacerlo así, primero, porque como le estaba vedada la acción política directa, la crítica social era un modo de hacerse escuchar sobre problemas que preocupaban a la generalidad del país y de hacer sentir su influencia; segundo, porque esa crítica social daba un pretexto para la crítica política, la doctrinaria y la personal; tercero, porque la iglesia, en contacto secular estrechísimo con algunos de estos problemas —el del peonaje, por ejemplo—, debió de sentirse mucho más capacitada que la autoridad laica para dar con las soluciones; en fin, la iglesia católica se sentía más libre para opinar porque no tenía la responsabilidad que tiene un gobierno, y porque su filosofía parecería como hecha para entender estos problemas.

El lector comprobará fácilmente que el autor de este tomo ha recogido celosamente la opinión y la acción católicas en toda la vida social del Porfiriato, de modo que en su caso será insostenible la crítica que se ha hecho a los otros volúmenes de no haber dado a la iglesia el lugar que merecía. Con esa información tan completa y tan variada, el lector se formará su propia opinión sobre la agudeza del pensamiento y la eficacia de la acción católicas en materia social. Para mí, ni el pensamiento fue singularmente agudo, ni la acción muy eficaz. Mucho sorprende desde luego que se limitara a "pedir": pidió la lucha contra el alcoholismo y el trabajo dominical, pidió que el terrateniente creara en sus haciendas alguna escuela, pidió la difusión de la buena prensa, etc. Esto sin que la iglesia católica diera o hiciera algo, por ejemplo, combatir ella misma, directamente y con la autoridad sin rival de su ministerio,

el alcoholismo, el trabajo dominical o la prostitución. La iglesia "pedía" también que se enviaran misiones educativas entre los indígenas, como si no tuviera toda una organización secular que la mantenía en contacto con ellos.

Desconcierta, además, que la iglesia resultara tan ineficaz como el Estado al apelar a los buenos sentimientos de los hacendados cuando le pidieron su ayuda para educar al campesino mexicano. El fracaso de este llamamiento moral de la iglesia católica fue tan completo, que uno de sus más distinguidos corifeos, Trinidad Sánchez Santos, se creyó en la necesidad de anunciar que los hacendados no podrían quejarse ya de ignorar el vaticinio de que se les venía encima la borrasca. La obra directa de la iglesia tampoco era para lucirse con orgullo: en su mejor época, por ejemplo, sólo contribuyó con catorce escuelas nuevas al año, mientras las oficiales se multiplicaban a un ritmo de ciento doce.

No quiere decir todo esto, sin embargo, que las opiniones de la iglesia católica carezcan de interés o de utilidad. En primer lugar, lo mismo cuando concordaban con otras que cuando discordaban, fue una voz en el debate, y no una más así simplemente, sino de gravedad extraordinaria. Esta voz, en general discordante, se apartó del coro oficial, demasiado uniforme y monótono. En fin, aun sin ningún acento heroico, no fue una voz reaccionaria, pues a más de disonar del gobierno, no hizo segunda al hacendado o al industrial. En ocasiones las necesidades de la escaramuza política diaria la hicieron injusta, como cuando llamó a Justo Sierra "el gran descatolizador de los niños mexicanos", o deliberadamente desacertada, como cuando vaticinó que en una generación más todos los niños mexicanos serían ateos porque en las escuelas laicas oficiales se educaban tres veces y media más niños que en las particulares católicas. Pero, en cambio, fue quizás la primera que señaló como obligación del patrono compensar al obrero en los casos de accidentes del trabajo.

MUY BUENA PARTE de este libro descansa en una información estadística cuya recolección, ordenamiento, cálculo, comprobación y presentación se llevó cinco años de esfuerzo continuo,

y que no podía presentarse en este tomo, ni siquiera como apéndice, pues forma ciento sesenta y tres cuadros que ocupan doscientas cincuenta páginas. Por eso se ha publicado aparte bajo el título de *Estadísticas sociales del Porfiriato, 1877-1910*. Todo lector que quiera conocer en detalle el fundamento de muchas de las generalizaciones de este tomo de la *Historia Moderna de México*, o que desee proseguir él mismo el estudio de algún tema, debe acudir a él. Descansa también en extensas lecturas encaminadas muy particularmente a presentar la vida social nacional y no simplemente la capitalina; su variedad y amplitud pueden estimarse en la Bibliografía y en las Notas. El autor hizo esas lecturas con la ayuda de Carolina González Valadés.

El primer reconocimiento público que debo hacer en cuanto a este tomo es a don Gilberto Loyo, secretario de Economía, y a don Rodolfo Flores Talavera, director general de Estadística, por haber aceptado editar en la serie de publicaciones de la Dirección de Estadística ese tomo de *Estadísticas sociales del Porfiriato*, recogidas por Moisés González Navarro y cuyo cálculo hizo María de Lourdes Caire. Al maestro Diego Rivera por su bondadosa autorización para usar dos lienzos de su precioso fresco del Prado en la cubierta de estos tres tomos últimos de la *Historia*. A los profesores José Miranda y Luis González y González debo agradecerles la ayuda que me prestaron en el ajuste preliminar del manuscrito, para equilibrarlo mejor y reducirlo a las dimensiones que exigía su publicación. Al doctor Manuel Martínez Báez por habernos ayudado a comparar y trasponer el cuadro de las enfermedades usado en el Porfiriato con los que se usan en la actualidad. A don Jacobo Pérez Verdía, porque revisó el capítulo de las corridas de toros. Y a las siguientes personas e instituciones su colaboración para obtener y seleccionar las ilustraciones: Museo Nacional de Historia; Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Hacienda; Departamento de Bibliotecas del Instituto Nacional de Antropología e Historia; Hemeroteca Nacional; Armando de María y Campos; Francisco Cornejo, del Rancho del Artista; Ricardo Lancaster Jones; Luz Mene- ses y don Manuel Marcué Pardiñas.